

NÚMERO SUELTO
3 s m6

EL MOSQUITO

PERIODICO SEMANAL
INDEPENDIENTE, SATIRICO, BURLESCO Y DE CARICATURAS

Director propietario: ENRIQUE STEIN

SUSCRICION MENSUAL
En Buenos Aires. 12 \$ m6

En la Campaña (trimestre ade-
lantado)..... 45 \$ m6
En las Provincias id. id..... 1 80 \$ m6.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRICION Y VENTA
Administracion del
COURRIER DE LA PLATA
202, calle San Martin, 202

Las personas que viven fuera de Buenos Aires
en puntos que no tienen agentes de nuestro
periodico pueden recibirlo mandando ade-
lantado a esta Administracion la cantidad
de fuertes 1,80 en sellos postales, precio de
una suscripcion por tres meses.

La Administracion.

ADMINISTRACION

TUCUMAN 143 (altos)

¿Quién está contento?

La punta de la oreja del zorro ha pasado por un
agujerito de la piel de cordero con que se cubre.
Así lo dá á entender La Libertad que recién se
apercibe que con todas sus maniobras y manejos,
el Presidente quiere imponer un sucesor.

Por eso es que sucesivamente ha llamado al mi-
nisterio á entidades heterogéneas, que era preciso
hacer desfilar por la casa rosada para ponerlos en
compromiso moral de tranquilidad.

Habia moros en la costa.
Era preciso dorar pildoras amargas.
La renuncia de los dos ministros mitristas ha
sido la ocasion de arreglar un poco ciertas irregu-
laridades, ciertas costumbres incómodas que ha-
bia en la casa rosada.

Como lo hemos explicado el otro dia, la renun-
cia de los dos ministros siendo indeclinables, la
primera cosa que hizo el Presidente fué declamar-
las.

Pero se arrojó de modo á que esa declamacion
no produjera su efecto y que volvieran las renun-
cias mas indeclinables aún, tan indeclinables esta
vez que no le fuera posible declinar su indeclina-
bilidad.

De todo eso deduce La Libertad que el Presi-
dente impondrá un sucesor.

La variacion ha sido una maniobra provisoria y
no un sistema.

Ahora volvemos al principio propio.
Alina murió; cuando uno ha muerto, es por
mucho tiempo — ha hecho bien en morir; ya habia
hecho los favores que podia hacer, sin él no se
hubiera escalado la montaña.

Ahora se trata de hacer un ministerio de amor,
de ternura, de amistosa cordialidad, hace tiempo
que se soñaba en un consejo en donde los conse-
jos vendrian del que debe ser aconsejado.

En lugar de buscar Ministros en el partido na-
cionalista ó en el mitrista, busquémoslos entre los
amigos preferidos.

¿Quién puede reprocharnos esa evolucion? No
hemos brindado el sitio á todos? La culpa no es
nuestra si lo han hallado duro.

Hemos satisfecho á todas las aspiraciones, á
todas las ambiciones, pero teniendo buen cuidado
de hacer el pastel amargo para que todos lo recha-
zaran, teniendo así mismo que darnos las gracias.

Hemos temporizado con todas las susceptibili-
dades y ahora que todos han recibido muestras de
nuestra abnegacion y tolerancia, podemos un poco
satisfacer nuestra inclinacion, nuestras ambicio-
nes y maniobrar para lo futuro.

Tal es el raciocinio que hacen suponer las insi-
nuaciones de los periódicos.

Cuidado, sin embargo! eso de satisfacer á la
cabra y á la col, como dicen los franceses, es mal
sistema, que concluye siempre por ponerlo á uno
en apuros.

Hemos frecuentado un número respetable de
cabras y me he hallado en contacto con una infi-
nidad de coles; pues señor, cada vez que he que-
rido satisfacer á unas y otras me ha salido mal la
cuenta.

Al querer contentar á todos no hemos contentado
á nadie. Las cabras furiosas nos han corneado y
las coles traidoras nos han producido indigestio-
nes y en lugar de quedar bien con ambos, hemos
quedado en hostilidad con todos.

Eso es sin duda lo que produce aquella unanimi-
dad en la opinion de la prensa que por motivos
diferentes declaran que la política actual del Go-
bierno no ha satisfecho á nadie absolutamente.

El Registro

Insultos é improperios en el parlamento pro-
vincial.

Unos diputados se retiran para impedir que
haya quorum para la revisacion de los poderes
electorales.

Los permanentes, indignados, sin acordarse que
en otras circunstancias exactamente iguales, con
esas diferencias que son del todo contrarias, han
hecho absolutamente lo mismo, ponen el grito en
el cielo y proponen hasta de mandar buscar los
cólegas desertores.

Pero todo eso no conduce á nada; los gendar-
mes no están listos, y aunque lo fueran, nadie
quisiera tomar la responsabilidad personal de

mandarlos prender, el Presidente menos que
nadie!

! Qué hacer entónces?
¿Suspender la sesion? ¿Levantarla? ¿Dejar
para otra vez esa importante cuestion de la revi-
sacion de los registros?

Así se hará, ya que no hay mas remedio.
Pero, y el registro?

En dónde quedará el registro?
A quién se confiará ese depósito sagrado de la
voluntad popular?

A quién se confiará para su cuidado ese libro
sagrado?

El Presidente solo podria reclamar el derecho
de velar sobre su conservacion y su inaccesibili-
dad al fraude y á la falsificacion.

Eso es; que el Presidente guarde el registro.
Pero es preciso envolverlo.

No para disimularlo á la vista de los enemigos
que podrian ser tentados de arrebatárselo, sino
porque en Buenos Dires es costumbre tapar para
disimular lo que uno lleva, y que un hombre de-
cente que ha comprado un libro, lo hace poner en
un papel para que nadie sepa lo que lleva y profi-
riendo que la gente que lo vé, se figure que lleva
una libra de queso en vez de un trabajo de inteli-
gencia.

Se llamó al portero para pedirle un diario viejo.
El portero declaró que no habia, porque esa
misma mañana habia vendido, como lo hace cada
ocho dias, los diarios viejos al tendero de enfrente.

Se le encarga buscar un diario, y entonces saca
del bolsillo el último número del «Mosquito»,
diciendo:

— Este es el único que tengo, porque conservo
la coleccion. Puedo prestarlo para envolver el re-
gistro, pero con la condicion que me lo devuelvan
después.

La combinacion es aceptada y el registro en-
vuelto en el «Mosquito».

Los diputados se retiran poco á poco, quedando
solos el portero y el Presidente con su registro en-
vuelto debajo del brazo.

Una vez que los diputados se han alejado, el
Presidente se acerca al portero y le dice:

— Qué voy á hacer con este librajito yo?

— Guardarlo.

— Qué fastidio, llevar esto por las calles!

— Es verdad, parece vd. un sastre que lleva un
pantalón á un cliente.

— Lo mismo podrias guardarlo tú.

— Eso sí.

— Quién sabrá que te lo he confiado?

— Nadie.

— Guárdalo, y en la próxima sesion llegaré
antes que los demás y me lo entregarás para que
haga como si lo trajera de casa.

— Eso es; pero entónces ¿puedo desenvolverlo
para concluir de leer el «Mosquito»?

— Sí, pero con la condicion de que volverás á
envolverlo antes de entregármelo, para que lo re-
mita todo envuelto á la Cámara.

— Sí, pero cuando lo hayan desenvuelto otra
vez, me devolverán el diario á mí para la coleccion.

— No hay inconveniente.

Un consejo

Señor Quesada, si vd. permite le daremos un
consejo.

No se ria, un consejo es bueno, sino de seguir,
á lo menos de escuchar de cualquier parte que ven-
ga, y á su tiempo le contariamos aquí la anécdota
de un cierto tío Tomás, que prueba con superabun-
dancia que un aviso no debe nunca ser desechado.

Pero no tenemos tiempo.

Usted que es tan aficionado á la literatura, debe
serlo tambien un poco á las artes; todas las musas
son hermanas, y cualquiera que sea su predilec-
cion por Clío ó Erato, no es una razon para no
apreciar los encantos de Euterpe.

Eso nos conduce á suponer que ha asistido vd.
á la última sesion pública de la Sociedad del Cuar-
teto, en la cual se ha ejecutado con gran éxito un
poema sinfónico titulado La Ruca de Omfala.

Ha meditado vd. sobre esa bella composicion,
señor Doctor?

Si se hubiera dado ese concierto antes de la sa-
lida del Dr. Plaza para Corrientes, y que él hubie-
ra hecho reflexiones sobre la potencia de las bellas
mujeres que saben hilar el lino ó el perfecto amor,

tal vez hubiera rehusado la mision interventora
que se le brindó.

Cuando salió de aquí para Corrientes en compa-
ñía del Dr. Gutierrez, nadie, y él menos que nadie,
dudaba que los dos interventores estarian de acuer-
do sobre el modo de proceder antes de llegar á
Corrientes, salvo de hacer el viaje despacito para
tener tiempo de entenderse.

Y así fué, en efecto, anduvieron despacio, sin
apuro, pensando que lo principal consistia en en-
tenderse bien y que por lo demás poco importara
que los correntinos se sacudieran el polvo ocho dias
mas ó menos, con tal que la solucion fuera bien
convenida.

Así fué, en efecto, los dos interventores llega-
ron á Corrientes, unidos como los hermanos si-
ameses. Esos dos antiguos rivales ó antagonistas,
se habian vuelto tan inseparables, que hacian in-
voluntariamente pensar en aquellos árboles gemo-
los que crecen al lado uno de otro y tienen un tronco
comun.

Pero al llegar á Corrientes fué otro cantar.
Orestes se apartaba un poco de Pilades; las noches
son largas y poco divertidas en las capitales de
nuestras provincias. Poca cosa tenian que decirse
los dos misioneros de paz desde que estaban de
acuerdo en el plan que se debia seguir. De modo
que pasadas las ocho, el doctor Plaza se aburría, y
para pasar noches menos cansadas se iba á hacer
una que otra visita en las casas en donde lo habian
presentado, y con preferencia en una donde lo ha-
bia introducido el mismo Derqui. La preferencia
para esa relacion fué tal, que casi fué la única que
conservó.

Gutierrez, por otra parte, se aburría tambien, y
viendo que su compañero lo abandonaba todos los
dias al anochecer, resolvió dejarlo solo.

— Yo me aprieto el gorro, le dijo un dia, vd.
puede concluir solo lo principiado: yo me voy á
Buenos Aires á decir que todo va bien y que vd. se
queda para terminar el negocio según las conven-
ciones.

Plaza hizo, por mera cortesía, una observacion
para invitar á su colega á quedarse un poco mas,
pues le iban á faltar sus luces; pero Gutierrez se
sonrió de un modo, que hizo comprender al otro
que no se equivocaba sobre sus sentimientos, y sa-
bia que en el fondo estaba encantado de su partida.

Efectivamente, cuando se quedó solo Plaza, se
restregó las manos.

Su colega le era cargoso desde algun tiempo; ese
Gutierrez tiene un modo de sonreírse que lo pone
á uno en apuros, parece que lee en el pensamiento
de la gente. Era, sobre todo, cuando Plaza tomaba
su sombrero para ir á hacer su visita de cada no-
che, que la sonrisa de Gutierrez era tan espresiva
que el pobre D. Victorino no podia menos que ru-
borizarse.

Por fin Plaza se quedó solo, nuevo Hércules, in-
trépido atleta, invencible héroe, para soportar so-
lo, el peso de la mision interventora.

Sus trabajos de dia eran efectivamente compa-
rables á los del hijo de Alcmena, pero por la no-
che, olvidando sus altos hechos y su importante
mision, se entregaba, sentado á los piés de una
Omfala correntina, alas delicias del amor.

Poco á poco se notó un cambio en la marcha po-
lítica del interventor, los telegramas que se reci-
bian aquí llenaban á Gutierrez de asombro, su có-
lega se apartaba de la marcha convenida.

La influencia de Omfala era patente.

Es á Omfala que debemos el desvío que ha tenido
la cuestion.

Es á Omfala que debemos los trastornos de los
últimos dias.

Y lo peor, señor Quesada, es que Plaza no ha
podido romper el encanto, le han dado permiso pa-
ra venirse aquí, pero Omfala le ha atado un hilo
de su madeja al boton de la levita, y con ese débil
lazo está cierta de hacerlo volver á ella cuando
quiera, á no ser que prefiera, lo que es mas pro-
bable, transportar ella aquí su ruca y su torno de
hilar.

El consejo que le damos, señor doctor, es rehu-
sar la mision.

En Corrientes hay muchas Omfalas, y las cor-
rentinas tienen todas una potencia de seduccion
irresistible.

Hemos conocido en Paso de los Libres una cor-
rentinita... pero no estamos aquí para hacer con-
fidenzas sino para aconsejar á Vd. declinar el
destino.

Uno no se conoce á sí mismo, doctor; Vd. se
figura sin duda que las Omfalas correntinas no ten-

drian el menor éxito con Vd. que está bien arma-
do contra toda seduccion-mujeril?

No lo crea! vea Vd. el ejemplo de Hércules y
de Plaza.

Este último, créalo, está agarrado por toda la
vida y no hará en adelante mas que hilar á los piés
de la seductora.

¡Oh! las mujeres, doctor!
Les femmes! Les fâââmes!
!No vaya á Corrientes!

Honores rechazados

Ah Monseigneur!
C'est trop d'honneur!

Ah! esta si que es una noticia alegre!
No!... déjeme reir un poco!

Hay momentos en que un periodista penetrado
de la gravedad de su oficio, de la santidad de su
mision, de la importancia de su sacerdocio, no
puede conservar la seriedad que conviene.

De quién se han burlado aquí?

Si es del público reclamo.

Es una usurpacion de las atribuciones del Mos-
quito, que solo tiene, por derecho de conquista, la
facultad de burlarse de la gente.

Como, señor! nos anuncian durante dos dias
consecutivos que después de la renuncia aceptada
de los dos ministros que se han puesto de hocico,
el Ministerio ha sido recompuesto según las ideas
y las intenciones del gobierno.

Han sido elegidos para reemplazar á los enojados
dos amigos del dueño de casa.

Uno es Laspiur, el consejero de las grandes cri-
sis, el recurso de las situaciones difíciles, el hom-
bre justo, el austero varón que se consulta y que se
teme como el augurio implacable, pero indulgente
y tolerante, que perdona las faltas pasadas, pero
que no autoriza nuevas locuras en el porvenir.

El otro es Pacheco; Pacheco el adicto, el defen-
sor perpétuo, el abnegado amigo que hace sacrifi-
cio de sus convicciones para sostener la causa de
su estraviado pero fiel compañero.

Ellos, exclaman todos; luego ellos!

Decir que ese nombramiento habia satisfecho la
opinion pública seria una audaciosa hipótesis.

Pero siempre habia algo de lógico, de conse-
cuente en la eleccion.

Por fin, los descontentos se habian acostumbra-
do á la idea de tener frente á frente á esos dos
nuevos campeones de la situacion presente.

—Allá nos veremos, decian; á lo menos sabe-
mos con quien tenemos que luchar, las ventajas de
los nuevos adversarios nos son conocidas; sabemos
tambien el sitio en donde se halla el defecto de la
coraza.

Pero hété aquí que venimos á saber que estos
dos nuevos personajes no habian sido consultados
antes de recibir comunicacion de la mision que se
les confiaba.

Laspiur, no quiere ser ministro.

Pacheco, no quiere ser ministro.

Ambos declinan el alto honor que se les ha he-
cho.

Jesús!... y á dónde vamos á parar!

Nadie quiere ser ministro.

Buscando bien, tal vez se encontrarían dos in-
dividuos que aceptarían el cargo, pero son preci-
samente los dañinos, los discutidores, los que, co-
mo decia Sarmiento, tienen por manía echar pe-
los en la leche.

¿Con qué, los habian nombrado de confianza, así
no mas, contando con su consentimiento obligado,
como se cuenta para padrino de un desafío con un
amigo á quien aun no se ha comunicado el motivo
de la pélea?

El Presidente tiene que nombrar ministros á
toda fuerza y no los encuentra en el círculo de sus
mas estrechas simpatías.

Triste posición!

Esa dificultad prueba una vez mas la insuficien-
cia de nuestra legislacion.

Deberia haber una ley que obligase á los favore-
cidos á aceptar el honor que se les brinda.

Deberia haber una ley que permitiese mandar
buscar por la fuerza pública á los que rehusan ser
investidos de la confianza de los amos.

Supongamos que hubiera una ley semejante.
Laspiur y Pacheco tenian que soportar á la fuer-
za el peso de la dignidad que hoy rechazan con
desden.

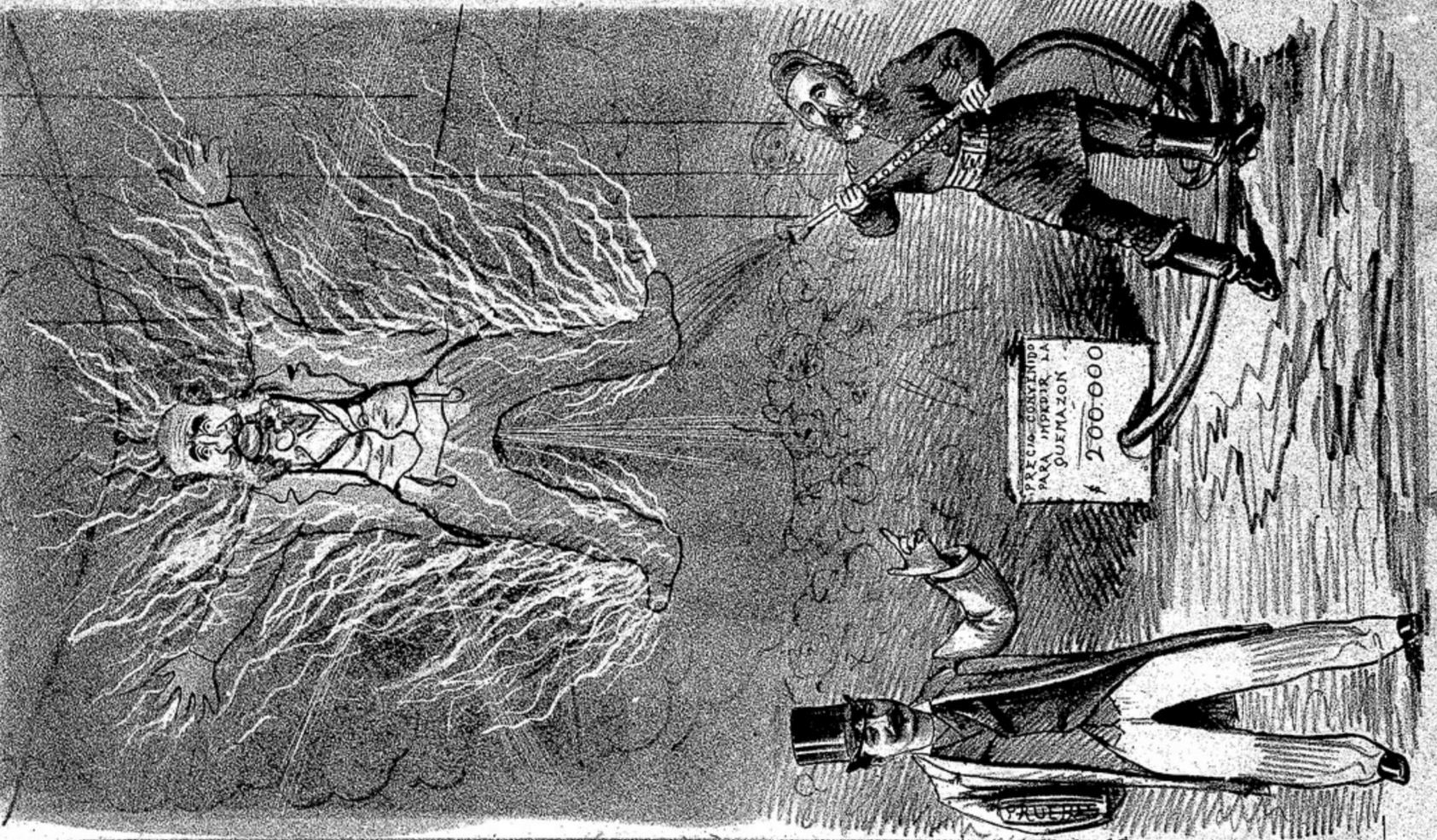
Y en caso de persistencia en su falta de abnegacion, se les mandaria traer, aunque fuera a las-

EL MOSQUITO



¡ ADIOS, CONCILIACION ! SE ROMPIERON LOS PLATOS !
GUTIERREZ — ¡ Miserables ! servirse de nosotros como de bñeres cuando queramos al con traxer que sean ¡ aís los nuestros !

EL JUDAS DE HOY



ZEBALLOS — Si, si, ¡ he! no mas que lo mismo he de quemar !

trándolos á la fuerza ante el tribunal competente para responder de su crimen.

Me figuro ver al austero magistrado, presidente de ese tribunal especial, interrogar á los culpables: —Acórquese, acusado Laspiur.

—Pronto, mi juez.

—¿Por qué, conociendo las penas edictadas por la ley, ha rehusado V. la cartera del Interior?

—Voy á decirle, señor Juez, yo soy juez, en otro tribunal, es un oficio que me gusta, que conozco, que puedo desempeñar regularmente; en la profesion de ministro, puede ser que no desempeñara bien mi cometido; prefiero quedarme juez.

—No se trata de sus preferencias, acusado Laspiur; se hace un llamamiento á su conciencia; primero es el deber cívico que la vocacion.

—Oh! no crea señor juez, que yo haya quedado resentido porque se ha dicho que iban á dar mi empleo á Elizalde que deja el Ministerio. Si quisiera ser ministro eso me seria indiferente y seriamos como los convidados á una mesa que se prestan mutuamente pequeños servicios; pásame la sal, yo le paso la pimienta; pásame su cartera, yo le paso mi sillón magistral. Nó, no es eso; es que yo no me considero apto para ser un ministro conveniente en el gabinete actual. Nombren otro. Yo no quiero.

—Acusado Laspiur! qué es eso de no quiero?

—Yo soy juez, no quiero ser ministro.

—Acusado Laspiur, V. se propasa y falta el respeto debido á la ley. Contesto. ¿Quiero V. ser ministro ó nó?

—Nó! nunca, jamás!

—Del interior?

—Ni del exterior. Rechazo el nombramiento; soy juez y nada mas.

—Muy bien; V. va á oír su sentencia: «El Tribunal:

«Considerando: que el ciudadano Laspiur, ha obstinadamente declinado el honor de administrar su pais en calidad de ministro del Interior;

«Delito previsto por el decreto de 28 de Abril de 1878;

«Lo condona á cuatro años de servicio en la frontera y á los costos y costas del pleito.»

—Pero, señor juez!...

—Basta! acusado Laspiur! No agrave V. su situacion, una palabra mas y lo sentencio á V. á ser Vice-Presidente de la República!

¡ Ese picaro de Groflanchard!

Groflanchard es un francés amigo mio, gordo, colorado, de patilla rubia y cabello castaño, y de cuarenta años de edad, que ha hecho buenos negocios y se ha casado hacen siete ó ocho años con una niña de familia pobre, pero muy decente, en el pais.

Como Groflanchard gana buenos posos en el comercio de los sebos, que hace en bastante grande escala para la exportacion, á su mujer no le falta nada.

A él si le falta algo para ser completamente feliz. Desea de todo corazon tener hijos, pero el cielo no ha bendecido esa union. Lucina, diosa de las embarazadas, y que preside á los partos, habia pasado sin pararse delante del tálamo nupcial de la señora de Groflanchard, que por eso no se habia enojado ni lo mas mínimo.

Por lo demás, la contrariedad de Groflanchard, que se manifestaba por arranques lejanos, no le impedian de ser buen esposo, y su carácter jovial y alegre no se desmentia sino pocas veces.

Se cuenta que cuando era soltero habia hecho numerosas calaveradas, pero todas, en resumidas cuentas, muy confesables y que no habian hecho daño sino á su bolsillo, y le habian dado la fama de un vividor endemoniado, reputacion que, por supuesto, habia sacrificado á su jóven esposa.

Tal es el hombre que me encuentro ayer Domingo en el tramway de Lacroze.

—Hola, señor Groflanchard, le dije, ¿cómo va esa salud?

—Demasiado bien; engordo que dá gusto... Mi sastre tiene que hacerme siempre nuevos pantalones, porque los míos se vuelven angostos cada dia.

—¿Vd. va á pasar el dia fuera de Buenos Aires? hace vd. muy bien.

—Sí, pienso tomar el ferro-carril en el 11 de Setiembre, para ir á Merlo.

—La señora está bien?

—Sí, gracias.

—¿No lo ha querido acompañar?

—Está en Chascomús, por su salud.

—¿Vd. fué entonces quien no la quiso acompañar?

—Es verdad, le observé que mis negocios exigian mi presencia, que no podia ir tan lejos, hasta le propuse alquilar una quinta cerca de Buenos Aires, para pasar el verano, no quiso, quiso ir á Chascomús, y no hubo mas remedio sino dejarla ir á Chascomús, y allí está, en Chascomús.

—¿Y no va á verla los Domingos?

—El Domingo pasado fui, volví el Lunes;

¡Qué triste pueblo eso de Chascomús! Nadie sabe lo que me aburrí el Domingo pasado á la noche; no hay en donde pasar el rato.

—Pero estaba vd. con su señora.

—¡Ya sé! ¡ya sé! pero no tenia tanto que decirle, para no haber concluido al anochecer. Si hubiese habido un teatro, la habria llevado, pero nada, no hay nada. Por eso no he unuelto hoy, ya la previne ayer por carta, que no me esperara, que tenia que hacer.

—¿Y lo que tiene que hacer es irse á divertir á Merlo?

—Vamos á ver: mi mujer ha pretestado su salud para irse á Chascomús en una época en que no puedo dejar á Buenos Aires. No quiso consentir en que alquilara una quinta en Belgrano ó en Flores... No he resistido, se fué á Chascomús; muy bien, pero, aqui entre nosotros, si en su ausencia yo me divertiera un poco, ¿qué mal habria en eso?

—¿La fidelidad conyugal!...

—¡Oh, no ombreme! ¿por qué se va tan lejos?... yo no soy ninguna vestal... algunos amigos han organizado un paseo á Lobos, alli deben encontrarse con unas madamas, y vamos á hacerla de soltero un poco.

—Mal hecho, señor Groflanchard, mire que la virtud...

—¡Vd. se está burlando de mí! felizmente estamos en el 11 de Setiembre, aqui me bajo para tomar el ferro-carril.

Soludo á vd.

Supe esta mañana, por uno de los amigos de Groflanchard, que hacia parte de la jarana de ayer, cómo habia pasado el dia, y lo repito porque quiero desenmascarar la perfidia y revelar la mala conducta de ciertos hombres casados cuando se hallan lejos de sus esposas, y mostrar que el castigo va tras del crimen.

Tal vez me tratarán de acusador, de espia, pero eso poco me importa, y desde ya declaro que deseo que este escrito llegue á la vista de la señora de Groflanchard, en Chascomús.

Groflanchard llegó á Lobos á las once, sus amigos lo esperaban con impaciencia para almorzar, y habian tenido que hacer soportables los fastidios de la espera, tomando doble racion de vermouth, de bitter, de ajeno, segun gustos.

Los amigos de Groflanchard eran tres.

Con ellos habia enatro madamas muy conocidas en cierto mundo, bajo los apodos de Carotte, Loulou, Fleur d'Hiver y Mirliton.

La llegada de Groflanchard fué saludada por aclamacion.

—¡Hurrah! ¡viva! ¡Viva Groflanchard!

¿Quién habia dicho que Groflanchard faltaria? ¡Tres hurras por Groflanchard! Hip! hip! hurrah!

Groflanchard, conmovido por esa recepcion, que le recordaba ciertas escenas de su borrascosa juventud, no habia notado que sus amigos estaban en mangas de camisa, y que las gallinetas que los acompañaban, se habian quitado tambien los sombreros y las tunicas.

—Quitate el jacquet, Groflanchard, le dijo uno.

—Sí, Groflanchard, le dijo Mirliton, que, por lo visto, era la que habia quedado desocupada hasta la llegada del hombre casado; si, Groflanchard, quitate la levita, ¿quieres que te ayude?

—Muchas gracias, señoría, no se tome vd. la molestia...

—¿Qué molestia! estamos en jarana y en el campo, déjate de cumplimientos, háblame de tú y dame fuego.

Groflanchard pensó que sus amigos habian tal vez elegido compañeras por demás familiares, pero el génio vividor que habia tenido siendo soltero se despertaba en él.

Un mozo del hotel vino á avisar que la comida estaba pronta y servida en el salon reservado, todos se dirigieron hacia esa pieza, y Groflanchard tuvo toda la pena del mundo para impedir á Mirliton, que queria lucir su fuerza ante la sociedad, de llevarlo hasta allí á babucha.

A las cuatro de la tarde, las cuatro parejas, sentadas á la orilla del arroyo, cerca de un bote, en el cual acababan de dar un paseo, se ocupaban en destapar botellas é instalar flambres en el verde césped, para *luncheon*.

Las mujeres se habian puesto los sombreros de paja de los hombres, y ellos, no pudiendo ensartarse los de ellas por ser demasiado chicos, habian improvisado tocados de diferentes clases. Uno se habia hecho un gorro triangular con un número del *Mosquito*, comprado por la mañana en el tren; otro, con un mimbre y una servilleta, habia hecho una especie de gorro como usan los *cipayes* en la India.

Otro se habia contentado con ponerse de turbante el velo de Loulou y el pañuelo de Carotte.

Pero el tocado mas curioso era el de Groflanchard; Fleur d'Hiver habia ayudado á Mirliton á confeccionarlo; era un compueso de ramas de

sauce arrancadas, al pasar en el bote, de los árboles que sombrean el borde del rio, de flores artificiales tomadas de los sombreros de las damas, y de plumas blancas y coloradas arrancadas á un abanico redondo que Carotte habia roto á fuerza de pegar con él boyazos á su compañero.

La animacion era grande, despues del lunch.

Loulou cantó una cancion cosquillosa, cuyo refran era repetido por todos, acompañándose con cuchillos y golpeando en los vasos ó las botellas vacias.

La tercer copla habia entusiasmado al grupo por su briosa verdura y por la desenvoltura con la cual lo habia cantado, y acompañado de gestos adecuados, la picaresca Loulou.

El refran, cantado á viva voz, habia impedido á los jaranistas oír el ruido de un carruaje, que era una especie de brek, y que habia parado frente al edificio.

—¡Hola! exclamó Carotte, medio achispada, dirigiéndose á los del carruaje, que no se distinguian porque las cortinas estaban bajadas, á pesar de que el viento las sacudia bastante para que se viera que habia personas de ambos sexos. ¡Hola! ¿Quién vive? Si son vividores, ¡avancen, á la orden! si no lo son, ¡atrás!

—Sí, añadió Mirliton; vengan á pasar examen para ver si son dignos de estar en nuestra sociedad.

En aquel momento el cochero se inclinó hacia adentro, como para contestar á alguna pregunta que le hicieran algunas de las personas del interior.

—Están deliberando, observó Fleur d'Hiver.

—Serán diputados, dijo uno.

—O jueces, añadió Mirliton.

—¡Hola, magistrados! gritó Groflanchard, vengan aqui á renovar el juicio del pastor Paris; solo que en lugar de tres diosas habra cuatro que examinar.

—No quieren venir, dijo Carotte, son vecinos, *bourgeois*, pulperos que gozan el Domingo.

—O aristócratas, tal vez, dijo uno de los vividores.

—¡Abajo la aristocracia! gritó Groflanchard.

—Y *vive* el amor, añadió Mirliton dándole un abrazo.

En aquel momento el brek hizo un movimiento como para dar vuelta y volverse por donde habia venido.

—Quiere huir, exclamó Loulou, no lo permitamos, tomemos el coche por asalto.

—¡Sí! ¡sí! ¡al asalto!

—Cantemos como himno de guerra el refran de la cancion de ahora.

—Sí, sí, adelante.

Y entonando todos ese refran mas que liviano, se precipitaron hacia el brek, rodeándolo y bailando pasos pocos conocidos en los bailes del gran mundo.

De repente un gran grito se deja oír, y Groflanchard rueda desmayado entre las patas de los caballos del brek.

En las personas que ocupaban el interior del vehículo acababa de reconocer á su suegro, su suegra, sus dos cuñadas y el novio de la mayor de ellas...

No sé si Groflanchard, arrepentido, obtendrá de sus suegros el silencio sobre esta aventura, pero yo, que no quiero que el crimen quede impune, la revelo, para que la conozca su mujer.

No tiene sino un medio de evitarlo: comprar toda la edicion del *Mosquito* de hoy.

Soneto

PLEGARIA CONTRA LOS VERSISTAS DEL DIA

Señor, Señor, tú que eres poderoso, Aunque á mí no me consta que seas bueno, Si algun rayo benigno hay en tu seno Brille en mi patria su esplendor piadoso.

Y acuda tu socorro generoso En forma de saeta ó de veneno Que castigue, que aplaste como el trueno De los versistas el rebano odioso.

La defensa del arte que maculan Siguiendo cada cual su mala estrella, Ni la ignorancia ruin que disimulan, Mueve, Señor, mi férvida querrela: Es el germen funesto que inoculan, Que demanda ¡mi Dios! una centella.

TEATROS

VARIETÉS

Samedi 27 avril 1878, tre représentation: PAPA SOLEIL á BUENOS-AYRES, revue inédite et locale en 5 actes, jouée par MM. Gaspari, Grillon, Etienne, Léon, Richard, Gaston, Aimé, Fautino, Mmes Gaspari, Armandi, Cavallié, Masson, Francis, Brescia, Dardaille, Marie, Louise, Anna, etc. — Prix des places ordinaire. — Entrée générale 15 \$.

CIRCO ARENA Gran Compañía Cottrelly NUEVA EMPRESA

Hoy Sábado 27 de Abril de 1878.—Gran espectáculo extraordinario.—Debut de Mr. Worland, que trabajará junto con la bella y simpática Victoria, ejecutando el mas asombroso ejercicio nunca visto hasta hoy, atravesando un arco de fuego con cuchillos.—Además Ondina, el Hombre Pez y toda la compañía.—Precios de costumbre.

COLISEUM

Gran concierto vocal, instrumental y de declamacion á beneficio de las Huérfanas del Asilo de Misericordia, dirigido por los maestros señores Avallino Agutero y Juan Mancini en la noche del sábado 27 de abril de 1878, con el concurso de los señores Genibrel, de Ambrosi, Bernasconi y las señoritas Ernestina y Adelina Mancini, Adolina Allan y la niña Judith Hugo.

AVISOS

EL ARTISTA

PERIÓDICO TEATRAL Y ARTÍSTICO

Cada número publica un retrato de artista ó literato.

DIRECTOR: L. CHOQUET

PUNTOS DE SUSCRICION

Administracion del «Courrier de la Plata» 202, San Martin, 202

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE MÚSICA

A LAS SEÑORAS

En el antiguo y acreditado establecimiento de Peluqueria y Perfumeria

Calle Bolivar, 107

se hace toda clase de trabajos de pelo á precios extraordinariamente reducidos, garantiendo la perfeccion de las obras.

La casa cuenta con un numeroso y selecto surtido de perfumeria de las principales fabricas de Europa.

SALON PARA CABALLEROS

Atendido por tres inteligentes oficiales, servicio especial, máquina para cepillar el cabello.

TRATO EXCELENTE Y PRECIOS MODICOS 107 — Bolivar — 107

OJO! OJO! OJO!

Al Público Argentino

Diariamente se cometen contra el público pérfidos engaños por sujetos pocos escrupulosos, los cuales venden composiciones abominables elaboradas en Nueva York que obtienen á precios muy ínfimos, expendiendo las mismas como las "Pildoras y Ungüento de Holloway."

Estas nefarias falsificaciones llevan en los rótulos de las cajas y botes las palabras "Nueva York". ¡Que se eviten las mismas como se evitaria la peste!

En los libros de direcciones de estas descaradas falsificaciones actualmente se pone en guardia al público contra imitaciones espurias.

Los compradores deben examinar el rótulo en el bote ó la caja. Si no está la direccion de núm. 533, Oxford Street, London, entonces son falsificaciones.

Las personas que sean defraudadas por los vendedores que expendan las "Pildoras y el Ungüento de Holloway" falsificados como los legítimos, serán al comunicarme los pormenores, liberalmente recompensadas, comprometiéndose á que no haya trascendencia de sus nombres.

Firmado—Tomas Holloway.

Londres, Agosto 1.º de 1877.

SOMBREROS

FINCS — ULTIMA MODA

PARA HOMBRES Y NIÑOS — VENTA — POR MAYOR Y MENOR

CASA DE PERISSE

Esquina Cuyo y Suipacha

Nuevo y gran Surtido

DE SOMBREROS

DE TODAS CLASES

por mayor y menor

La casa recibe directamente de todas las principales fabricas de Europa y puede vender mas barato que las demás sombrererias.

En adelante, el nuevo surtido abrazará todas las clases y será al alcance de todos los bolsillos.

Nota.—Se dan letras sobre Paris por cualquier cantidad y pagaderas en todos los pueblos de Europa.

FRANQUEO DE CARTAS

Para todos los paises

La Casa está tambien abierta los dias de fiesta.

Calle CUYO esquina SUIPACHA

Imp. del COURRIER DE LA PLATA, San Martin, 202.